

EVOCACIÓN DE LA CIUDAD ISLÁMICA DE BATALIÚS

María Cruz Villalón
Universidad de Extremadura

En la conmemoración del milenio del Reino Taifa de Badajoz, la aproximación al espacio de la ciudad que ostentó la capitalidad, aporta el marco físico al ámbito de la cultura de aquel tiempo.

Poco duró aquel reino independiente y pocas son las referencias materiales que pueden ubicarse de manera precisa en aquel momento. Son escasos igualmente los indicios materiales de la que fue una notable ciudad del territorio andalusí. Tiempo hubo desde la conquista cristiana para borrar progresivamente las huellas de una ciudad creada *ex novo* por la población musulmana, sin antecedentes ni condicionantes del gran pasado romano que pesó en otros núcleos urbanos de la vida andalusí, y que por esta razón, tendría desde su origen y en tanto tiempo de desarrollo un carácter plenamente islámico.

Badajoz post-islámico supuso el declive de la ciudad hasta quedar reducida física y humanamente, y cerrar su actividad en el pequeño recinto de la Alcazaba que es el que hoy se identifica con su pasado musulmán. Sin embargo, la extensión del poblamiento islámico adquirió una superficie equiparable a la de la ciudad contemporánea hasta el crecimiento que a mediados del siglo XX determinó la expansión extramuros.

Las murallas son frecuentemente línea de permanencia en el suelo urbano, bien por su presencia física, al haber permanecido, o por la huella que su trazado dejó en el diseño urbano al soportar otras construcciones o generando vías que ocuparon su espacio tras su desaparición. Y estas trazas son las que remiten a la dimensión que la población pudo tener en un momento o en otro.

La posición en la que quedó Badajoz tras determinarse la configuración del Reino de Portugal, condicionó desde el siglo XIII su carácter como ciudad fronteriza y consecuentemente como ciudad defensiva, de modo que la muralla ha sido un elemento determinante en la misma en cualquier momento de su historia hasta el siglo XX. Y una muralla es obra de consideración en la que la conveniencia y economía de medios aconseja conservar y aprovechar todo lo que sea posible.

El presente nos devuelve la versión de la última muralla de la ciudad que, con remodelaciones y añadidos, es la que se construyó en el siglo XVII y se fue completando y perfeccionando hasta el siglo XIX. Pero esta muralla de sistema abaluartado en gran parte siguió la línea de la cinta que le precedió, añadiendo modificaciones de diseño pertinentes, lo que nos lleva al reconocimiento de la traza medieval. Torres Balbás ya anunció que el perímetro de la muralla islámica debía tener una dimensión aproximada a la de la muralla abaluartada, y posteriores documentos de época moderna parecen confirmarlo.

Representaciones cartográficas dan testimonio del trazado que tenía la muralla que antecedió a la de sistema abaluartado. Sus torres cuadradas y la irregularidad de su perímetro dan idea de que aquellas fueron de traza medieval, y la definición de algunas de ellas como torres albarranas, induce a pensar que gran parte de este trazado pervivía todavía en el siglo XVII con estructuras propias de los amurallamientos islámicos.

La actividad arqueológica que se ha desarrollado a lo largo de los años, incide también en este supuesto. La localización de un testar en el área de la Puerta del Pilar que forma parte del recinto abaluartado, indica el espacio extramuros de la población islámica. Otros espacios ligados al mundo funerario, como la necrópolis descubierta en el baluarte de Santiago o las inscripciones funerarias taifas aparecidas al hacer obras en el cuartel de la Bomba, en el desaparecido baluarte de San Juan, son indicios de los límites que ceñían a la ciudad islámica, próximos efectivamente a los de la muralla abaluartada de Badajoz.

Bataliús tuvo pues una extensión que la hace constar entre los núcleos más relevantes del contexto andalusí.

La Alcazaba solo sería parte del conjunto de la población, pero constituiría lo más representativo y antiguo. Situada en la cima de la colina de la Muela, marca el núcleo originario de la ciudad, donde habría parte de viviendas, pero fundamentalmente sería reducto de la jerarquía, que desde el primer momento tomaría aquel lugar como el más conveniente por sus extraordinarias condiciones defensivas.

El punto más elevado sería el elegido para la residencia del gobierno en momentos sucesivos, y al conjunto palacial se sumaría el edificio de oración del que quedan huellas que identifican su estructura y ubicación. La mezquita de la Alcazaba ha sobrevivido a lo largo del tiempo hasta el siglo XIX. La conveniente reconversión de edificios de culto de fe diferente, ha sido general a lo largo de la Historia. Es conocido que la primera catedral de Badajoz se instaló en la mezquita que estaba en lugar principal de la Alcazaba y por esta misma razón debía tener categoría respecto a las demás de la ciudad.

La representación cartográfica militar previa a la destrucción de la guerra de la Independencia puede restituir aquel significativo edificio que, por proximidad al área palaciega, ha sido interpretado como un oratorio privado. Y en la actualidad, la actividad arqueológica ha sacado a la luz partes de los cimientos de la misma y de una construcción inmediata que factiblemente puede identificarse como la residencia de los sucesivos gobernantes islámicos de la ciudad.

Cerca debía estar el recinto funerario de la realeza, como indican las lápidas sepulcrales de Sabur (1022), el primer rey taifa de Badajoz, y la de Al-Mansur (1045), fundador de la dinastía Aftasí, encontradas en la Alcazaba.

La alcazaba de Badajoz, como consecuencia de las incidencias de las sucesivas guerras que históricamente ha padecido la ciudad, se nos presenta actualmente como un solar vacío del que emergen algunas ruinas aisladas. Pero hay que recordar

que aquel reducto fue un núcleo de población, bien documentado desde la Edad Media cristiana, cuyos antecedentes remontarían al poblamiento musulmán. Ya en el siglo XIX aquel espacio era solo una ruina, después de un proceso de militarización que se inició en el siglo XVII, que produjo la progresiva desaparición de la estructura urbana y de las frágiles construcciones de viviendas. Solo quedaron como testimonio del pasado las arquitecturas más representativas de las iglesias que fueron las primeras parroquias de la población que sucedió a la conquista cristiana: Santa María de la Sé, la mezquita convertida en catedral, Santa María de Calatrava, San Pedro y Santiago, a las que hay que añadir las más recientes iglesias de la Consolación y del Rosario. Todas se identifican en la cartografía militar anterior a la guerra de la Independencia, y al igual que la catedral, cabe pensar que alguna de las primeras pudiera haber sido una mezquita en su origen y reconvertirse en iglesia tras el dominio cristiano.

Varias torres diseminadas en el interior de la Alcazaba indican que la cinta muraria que conocemos hoy en día no debió ser la única y que pudo estar precedida por otras acotaciones. La restauración reciente de la muralla ha puesto al descubierto que parte del frente de noreste, el que mira al río Rivillas y vuelve hacia el Guadiana, agrandaba el perímetro respecto al muro que le había antecedido y ha podido ser recuperado. La muralla de la Alcazaba, con su grandes puertas en recodo, la de Carros, la del Capitel y la del Alpéndiz, sus torres de diferente diseño, cuadradas o poligonales y algunas de ellas albarranas, siendo la más notable la de Espantaperros, o la construcción en tapial, remite en gran parte a la sólida y renovadora fortificación del tiempo almohade. Otras construcciones del frente sur que se pueden ver hoy en los jardines de la Galera, parecen restos de fortificación de los primeros tiempos de existencia de *Bataliús*.

Aparte de la Alcazaba, la población islámica que crecería progresivamente, se extendería hacia el llano. Sin embargo, se desconocen las huellas de su estructura urbana, de los edificios más representativos o del caserío que albergase a los habitantes

de *Bataliús*. Solamente el barrio que se creó en la vertiente oriental de la Alcazaba, testimonio del aumento de habitantes que sucedería al establecimiento de la capitalidad del reino aftasí en Badajoz, y exhumado por trabajos arqueológicos, remite a un espacio vivido. Este barrio oriental quedó testimoniado en los escritos de al-Idrisi. Las fuentes literarias, tan parcas en lo que respecta a noticias sobre la ciudad, apenas transmiten alguna referencia más. Al-Bakri recogía cómo en la ciudad que fundó Ibn Marwan (875), se construyeron una mezquita en la que el caudillo se reservó un espacio, otra con carácter privado, y unos baños en la puerta de la ciudad, rodeada por los muros iniciales, en un núcleo que sería reducido en la parte de la Alcazaba y su entorno.

Fundamentalmente, la ciudad queda representada por sus murallas. Ciudad de posición estratégica y de importante desarrollo, vería a lo largo de su historia islámica el crecimiento sucesivo de las mismas. Las referencias escritas de geógrafos o cronistas sobre Bataliús aluden en primer término a su fortificación. Del pequeño recinto inicial del fundador, Ibn Marwan, que hubo de reforzarse ya en el tiempo de su nieto por temor a la incursión cristiana, la importante ciudad de Badajoz, al decir de al-Bakri, contaba ya con importantes muros en el tiempo taifa, acordes con la entidad de la capital de un reino. Finalmente, cuando la urgencia de resistir al avance cristiano del final del siglo XII sobre el territorio extremeño, los almohades aplicaron las últimas innovaciones del sistema defensivo, que es el que nos ha llegado a través de la Alcazaba (1196).

Por lo demás, los escasos objetos de la construcción que han pervivido hasta hoy, algunos capiteles cordobeses, seguramente traídos desde allí o Madinat al-Zahra a la corte taifa, o esculturas tan singulares como los leones afrontados interpretados como bases de troncos de aquella dinastía que se exhiben en el Museo Arqueológico, son escasamente elocuentes del desarrollo y representatividad que pudo alcanzar la corte aquí establecida durante el tiempo de la taifa.

La capital del reino taifa, *Bataliús*, tiene resonancias literarias, pero su fisonomía nos queda desdibujada y apenas evocada por retazos arqueológicos, literarios o gráficos que todavía no expresan el valor que pudo tener aquella ciudad de importante dimensión.

BIBLIOGRAFÍA

- Cruz Villalón, M., “La mezquita catedral de Badajoz”, *Norba-Arte*, XII, 1992.
- “Badajoz medieval. Aspectos sobre los orígenes de la ciudad”, *Bataliús. El reino Taifa de Badajoz*, Letrúmero, Madrid, 1996.
- “La alcazaba de Badajoz a través de documentos militares de los siglos XVII a XIX”, *Tiempo y Espacio en el Arte. Homenaje al Prof. Antonio Bonet Correa*, T. I, Universidad Complutense, Madrid, 1994.
- Pérez, M. A., *Fuentes árabes de Extremadura*, Salamanca, 1992.
- Sánchez Rubio, C. M. y Sánchez Rubio, R., *Badajoz en el Krigsarkivet. El hallazgo de la visión más lejana*, Badajoz, 2003.
- Terrón Albarrán, M., *El solar de los Aftásidas. Aportación temática al estudio del reino moro de Badajoz*. Institución “Pedro de Valencia”, Badajoz, 1971.
- *Extremadura musulmana, Badajoz, 713-1248*, Badajoz, 1991.
- Valdés, F., *La Alcazaba de Badajoz. I, Hallazgos islámicos (1977-1982) y testar de la Puerta del Pilar*, Ministerio de Cultura, Madrid, 1985.
- “Lo que queda del Badajoz de los Aftasíes”, *Bataliús, El Reino Taifa de Badajoz*, Letrúmero, Madrid, 1996.
- *En torno al Badajoz Islámico. Trabajos sueltos de arqueología andalusí*, Diputación Provincial de Badajoz, Badajoz, 2001.